

falte á las garantías de los individuos». Santa-Anna contestó á esta nota, diciendo que la escasez le habia obligado á tomar aquella providencia; pero que del primer dinero que recibiese del Gobierno, se pagaria el valor de las expresadas barras, que ascendia á 112,000 duros. Mucho se criticó por la prensa este acto de Santa-Anna que, á la vez que atacaba la propiedad, ponía de manifiesto ante el Gobierno de Washington la falta de recursos para sostener la guerra. Empeñado Farias en querer hacer triunfar sus ideas políticas, y ocupado exclusivamente en sacar de los bienes del clero todos los recursos, no se cuidó de procurarlos de otras fuentes, y en consecuencia, el erario llegó á verse completamente exhausto. El ministro de Hacienda D. Pedro Zubieta, viendo las dificultades de crear recursos, dejó la cartera, que entró á desempeñarla el 25 de Enero D. Francisco Suarez Iriarte. A la falta de recursos, á los amagos de una próxima revolucion, y á la falta de prudencia y tacto del Gobierno, se unía la inseguridad en los caminos, donde eran frecuentes los robos, y las excursiones de los indios bárbaros por los Estados de la frontera.

Méjico, á quien la providencia favoreció con inagotables y abundantes minas de oro y plata, con un terreno vastísimo y exuberante; Méjico, que pudiera considerarse como el país mas favorecido por el Sér Supremo, se encontraba, en aquellos momentos, falto de recursos. Las revoluciones promovidas por ambiciosos generales por espacio de veintiseis años; los cambios continuos de Gobierno; los continuos empréstitos, las multiplicadas contribuciones y gabelas impuestas por cada nuevo gobernante;

la falta de orden en la administracion; el infinito número de empleados para cada oficina; la arbitrariedad de cada jefe de pronunciamiento para apoderarse de las semillas  
1847. y ganado de las haciendas por donde pasaba, arbitrariedad que cometía á su vez el jefe del Gobierno que marchaba á batirlo, sin que ni el uno ni el otro indemnizara al dueño; el despilfarro continuo en la hacienda pública y la precaria y corta existencia de los Gobiernos, habian conducido á la nacion al afflictivo estado en que se encontraba, paralizado el comercio, sin vida la agricultura, y muertas las artes y la industria.

El vice-presidente D. Valentin Gomez Farias, obcecado por sus ideas, nombró el 26 de Enero una nueva junta para que procediese á la venta de los bienes del clero, con la pena de privacion de empleo á los que rehusasen tal cargo; y en ésta, lo mismo que en la primera, la mayor parte prefirió perder su empleo, á servir en una cosa que repugnaba á su creencia. Para que la poblacion no pudiese burlar las providencias del Gobierno, previno éste á todos los escribanos, notificasen á los inquilinos que ocupaban fincas del clero, que no entregasen la renta á los mayordomos y demás administradores de los bienes de manos muertas, sino que los reconociesen en favor del Gobierno. Una gran parte de los escribanos se negó á servir en lo que se les pedia, y al escribano Cuevas se le multó con una cantidad fuerte. Por causa igual fué tambien multado el Sr. Mendez, agregando á esta pena la de suspension de ejercer las funciones de escribano. Esto era atacar la conciencia de las personas; y el público, así como la prensa, levantó el grito contra aquellos actos,

diciendo que el ejecutivo habia traspasado los límites de sus facultades. El ministro de Justicia y de Negocios eclesiásticos, procurando por su parte proporcionar al erario alguna cantidad, excitó á los jueces, el dia 6 de Febrero, para que registrasen las escrituras de todos los que habian sido empleados en las oficinas de Hacienda ó desempeñado cualquier destino en que hubiesen salido quebrados, con objeto de que á ellos ó á sus fiadores se les exigiese la reposicion de los caudales dilapidados. Se creia que esta medida daria mas de doscientos mil duros. Para acelerar los efectos de la orden se previno á los jueces que cada cuatro dias diesen cuenta del resultado, y expusiesen los motivos que causasen retardo para la conclusion. El dia 13 del mismo mes se separó del Ministerio de la Guerra el general Canalizo, y el 23 prestó el juramento de estilo el general D. Antonio Vizcaino que se hizo cargo de la cartera. Pocos dias antes habia entrado á desempeñar el Ministerio de Justicia D. José María Jáuregui, por renuncia de D. Andrés Lopez de Nava. Nada prueba la mala marcha de un Gobierno tanto como el frecuente cambio de ministros; y la administracion del vice-presidente D. Valentin Gomez Farias fué notable en ese punto.

1847. Constantes los norte-americanos en su propósito de hacerse dueños de las mas ricas provincias de Méjico por medio de un tratado de paz, enviaron un comisionado que llegó á Veracruz el dia 12 de Febrero, con objeto de hacer proposiciones que arreglasen las diferencias entre las dos naciones. Los Estados Unidos ofrecian veinte millones de duros como indemnizacion, si les dejaban en posesion del terreno hasta el grado 26,

comprometiéndose á la vez á pagar á sus nacionales todas las reclamaciones pecuniarias que tenian contra Méjico, y que se calculaban en quince millones, viniendo á ser un total de treinta y cinco millones. La proposicion parecia ventajosa á primera vista; pero no lo era en realidad; porque además de perder Méjico todo lo que incluye la línea de la derecha del rio Bravo, casi comprendia en su totalidad los Estados de Durango, Chihuahua, Nuevo Méjico, Nuevo Leon, Coahuila, Tamaulipas y Tejas. El Gobierno mejicano no admitió esta proposicion, que de aceptarla hubiera echado un borron sobre el país, y prefirió sucumbir con honra luchando sin descanso, á firmar su afrenta. Pero si celoso se mostraba del buen nombre del país, no se mostraba de igual manera por establecer la union entre los partidos que era la única que podia constituir la fuerza. Todo lo contrario: encajichado en hacer triunfar sus ideas, siguió provocando conflictos con sus providencias respecto de los bienes del clero; y el dia 21 del mismo Febrero se le hacia saber al Gobierno, que á las cuatro y media de la tarde del dia anterior, el pueblo de Oajaca y la guarnicion se habian pronunciado contra la ley que disponia de la propiedad de la Iglesia. Entretanto, el ejército carecia de lo mas preciso para su subsistencia, y Santa-Anna no cesaba de reclamar, con sobrada justicia, que se le enviasen recursos pecuniarios, sin los cuales le era imposible marchar en busca de las tropas invasoras. Por desgracia de él, llegó en aquellos dias la noticia de haberse pronunciado en Mazatlan, por la dictadura de Santa-Anna, el jefe de la fuerza que mandaba en aquel puerto; y los

periódicos, alarmados con aquella nueva, y temiendo que fuese obra del mismo Santa-Anna para proclamarse dictador, empezaron á criticar su permanencia en San Luis Potosí como antipatriótica y perjudicial. Pero la acusacion con respecto al pronunciamiento de Mazatlan, era injusta. Desde fines de Diciembre habia ido á relevar al coronel D. Rafael Tellez, como comandante general, el general D. Ventura Mora. Este, bien porque no estuviese contento de ver de vice-presidente á D. Valentin Gomez Farias, ó bien porque juzgase que la accion del Gobierno seria mas enérgica si se ponía al frente de los destinos un hombre de prestigio, se pronunció el 13 de Enero, en los momentos en que en la capital se agitaba el negocio de los bienes del clero, proclamando la dictadura del general Santa-Anna; plan que fué apoyado por la guarnicion, siendo así que hasta Agosto habia sostenido el principio democrático. Santa-Anna no tenia noticia de

1847. aquel movimiento; y en cuanto tuvo conocimiento de él, lo reprobó altamente. Sin embargo, sus enemigos políticos no lo creían así, y continuaron interpretando su permanencia en San Luis, á miras ambiciosas de dictadura. Santa-Anna, indignado por lo mal que se interpretaba su inaccion, y queriendo probar que nadie como él ansiaba encontrarse al frente de los norteamericanos, al verse acusado por la prensa de negligente y remiso para abrir la campaña contra Taylor, resolvió ir en busca del ejército invasor. Inmediatamente empezó á dictar las disposiciones para hacerlo, y á pesar de que carecia de los recursos indispensables para emprender la penosa y larga marcha que habia hasta el punto que

los norteamericanos ocupaban, activó todos los preparativos para salir de San Luis Potosí. El periodismo fué imprudente en exigir lo que no era conveniente hacer sin los medios necesarios, y Santa-Anna pecó de excesiva delicadeza militar emprendiendo una marcha cuando carecia hasta de los recursos mas indispensables. Resuelto, pues, á probar que las acusaciones que se le dirigian eran altamente injustas, dispuso la salida para la Angostura, escaso de armas y de víveres, y en los momentos mismos en que cambiaba su base de operaciones el general Taylor. La idea de Santa-Anna, segun habia manifestado al Gobierno en varias comunicaciones, habia sido permanecer en San Luis Potosí instruyendo al ejército hasta que pasase el invierno, crudo y terrible en el espacio inmenso que habia que andar para llegar á la Angostura. Convencido como estaba de lo intenso que es en aquel clima el frio, de lo desiertos que se encontraban los campos donde apenas se encontraba una que otra pobre habitacion; de lo desprovisto de víveres y aun de leña que todos aquellos sitios se hallaban, habia dispuesto no empezar sus operaciones militares sino en la estacion benigna; pero al verse zaherido por la prensa, renunció al plan que se habia propuesto al principio, y se propuso, con sus hechos, acallar el clamor que se habia levantado contra él. Tomada esta determinacion, dió la órden general de marcha, y desprovisto de muchas cosas indispensables, empezó su movimiento el ejército de San Luis Potosí el 28 de Enero. Este ejército empezó á salir por brigadas para poder así proporcionarse los escasos auxilios que pudiera presentar el extenso y casi solitario de-

sierto que tenia que cruzar. La fuerza que contaba consistia en 13,432 soldados de infantería, dividida en veintiocho batallones; 4,338 soldados de caballería distribuidos en treinta y nueve escuadrones; y en un tren de artillería de tres piezas de á 24, tres de á 16, cinco de á 12, cinco de á 8 y un obús de á siete pulgadas, servidas por 413 artilleros, formando un total de 18,183 hombres. La artillería con sus trenes y todo el material de guerra, con un batallon de zapadores y una compañía compuesta de irlandeses pasados de los norte-americanos y denominada de San Patricio, salieron el dia 28: la llamada primera division, mandada por el general Pacheco, salió el 29; el 30, la segunda division á las órdenes del general Lombardini; la tercera, bajo el mando del general Ortega, el dia 31; y el cuartel general dejó la ciudad el 2 de Febrero. La caballería que, con algunos dias de anticipacion habia salido de San Luis, y que estaba dividida en cuatro brigadas, se hallaba escalonada de este modo: una brigada á las órdenes de Torrejon, en las Bocas, hacienda distante doce leguas de San Luis: otra, mandada por el general Juvera, estaba situada en el Venado, pequeña poblacion que está á 25 leguas de la expresada ciudad; la tercera, que la mandaba el general Andrade y que habia permanecido en el Cedral, avanzó á la hacienda de la Encarnacion, distante noventa leguas de San Luis; y la cuarta, que habia estado en aquel sitio á las órdenes del general Miñon, y que habia sorprendido en la expresada hacienda de la Encarnacion á un destacamento de cien norte-americanos, que cayeron prisioneros, fué á situarse en la hacienda del Potosí.

1847. La estacion era la mas rigurosa del invierno. La primera jornada de la infantería fué de San Luis Potosí á la hacienda del Peñasco, distante cinco leguas, y único punto que podia prestar algun abrigo á la tropa; la segunda jornada fué á la hacienda de las Bocas, donde se encontraron con una fuerza de caballería que conducia á San Luis Potosí una parte de los prisioneros hechos por Miñon en la hacienda de la Encarnacion; la tercera jornada fué á la hacienda de la Hedionda, distante ocho leguas de la de Bocas, en medio de un frio glacial que ateria los miembros del infeliz soldado. La tropa, viéndose obligada á pasar la noche á la intemperie, tuvo tres soldados que murieron de frio, y muchísimos enfermos: de la Hedionda se hizo la marcha al Venado, ciudad sumamente pequeña, distante cinco leguas. En esta poblacion encontró el ejército el resto de los prisioneros hechos por Miñon. Las siguientes jornadas fueron á la hacienda de Charcas; de ésta á la de Laguna Seca; de aquí á la de Solis y luego á la Presa. En todas las haciendas indicadas el soldado no encontraba mas alojamiento que algunas humildes barracas de indios, llamadas en el país *jacales*, insuficientes para contener el crecido número de gente que llevaba cada division. Esto, agregado á que no se habia podido proporcionar al ejército las indispensables tiendas de campaña, hacia que los soldados se apiñasen en estrechas piezas, para no helarse de frio bajo la terrible nieve que durante algunos dias cayó sin cesar, sin que el sol se hubiera dejado ver por espacio de cinco dias. El 5 de Febrero el tiempo cambió completamente, y el sol, brillando con toda su fuerza, dejaba caer sus

rayos abrasadores sobre aquellos desiertos, donde no se veía ni un arroyo ni un árbol. Al frío intenso había sucedido un calor insoportable; y los soldados, llenos de fatiga, sedientos, levantando una nube de polvo que les sofocaba, marchaban sin fuerzas, continuando sus marchas por sitios desiertos, donde no se veía mas que uno que otro arbusto de amarillentas hojas abrasadas por el fuego que lanzaba el astro del día. Si terribles y penosas habían sido las jornadas en medio de la lluvia, de la nieve y del hielo, no lo eran menos las que el ejército seguía haciendo fatigado por el sol, por el polvo inmenso del camino, y por la devoradora sed que le mataba, sin que vislumbrase ni una gota de agua por todo aquel vasto campo donde mitigarla. El general en jefe, viendo los padecimientos de aquella sufrida gente que, desprovista de todo marchaba sin pronunciar una queja, ordenó que las divisiones descansasen un día en Matehuala, donde se reunió la brigada del general Parrodi, que contaba con cosa de mil hombres, y que formó en seguida parte de la division del general Ortega.

1847. La marcha se continuó despues de las veinticuatro horas de descanso, volviendo á soplar un frío helado del Norte, acompañado de fuertes aguaceros que hacian intransitable el camino y empaparon la ropa del infeliz soldado. Tres dias duró este temporal, desde el 10 al 13. En este último, aunque siguió cayendo una llovizna fría, no nevó con la abundancia que los anteriores; pero aunque el frío cedió visiblemente, el soldado se encontraba desalentado y triste. Había llegado á la hacienda de las Animas; esto es, había hecho una marcha de sesen-

ta y cinco leguas desde San Luis por desprovistos desiertos, yerto unas veces de frío por la nieve y abrasado otras por los quemantes rayos del sol, casi sin comer, sin agua, y dejando por todo el camino compañeros ya helados por el frío, ya asfixiados por el calor, y multitud de enfermos que, imposibilitados de seguir al ejército, quedaban en medio de los campos á esperar la muerte.

Nada hay de exagerado en la pintura que presento. Las penalidades del ejército mejicano en aquella prolongada marcha, dejan atrás á cuanto pueda expresar la pluma mejor cortada. El día 14 empezaron á escasear los víveres que, con anticipacion, se habían colocado en los puntos mas convenientes del tránsito, en todos los cuales había mandado el general Santa-Anna que se situasen destacamentos de caballería. Despues de nuevas jornadas, aun más penosas que las anteriores, pues se hacian por un país en que no se encontraba una sola habitacion, durmiendo al vivaque, sin leña para encender fogatas donde calentarse, y sin tiendas de campaña en que ponerse al abrigo del agua y de la nieve, llegó la division del general Pacheco á la hacienda de la Encarnacion el día 17; el 18 llegó la de Lombardini; el 19 la de Ortega; y el 20 y el 21, las brigadas de caballería de Juvera y de Torrejon. En esta hacienda, que dista noventa leguas de San Luis Potosí, es donde el general Santa-Anna había dispuesto que fuese el punto de reunion de todo el ejército. Una vez reunido éste, el general Santa-Anna montó á caballo, y pasó revista á sus sufridas tropas que, olvidando los padecimientos pasados y deseosas de entrar en el combate que lo veían ya próximo, prorrumpieron en

entusiastas vivas al general en jefe, á Méjico y á la independencia. La hacienda de la Encarnacion presentaba entonces el aspecto mas animado y guerrero. La presencia de Santa-Anna en medio de su brillante estado mayor, indicaba que el enemigo se hallaba á corta distancia, y el deseo de luchar con él, llenó de júbilo al soldado. Al pasar revista á aquel ejército, se pudo apreciar todos los padecimientos que habia sufrido en su larga y penosa marcha. Por la memoria que en la misma hacienda de la Encarnacion se hizo en aquellos instantes de las fuerzas reunidas, se vió que habia 14,048 hombres de todas armas, siendo 4,000 de caballería. El ejército habia perdido, por lo mismo, antes de entrar en accion, mas de cuatro mil soldados, víctimas del frio, de la sed y de las enfermedades consiguientes á una marcha tan larga hecha por el desierto, careciendo de tiendas de campaña, de agua y hasta de médicos. Tambien contribuyó á esta considerable baja, la desercion natural de gente que iba colectada por medio de la leva, y que se aprovechaba de la primera coyuntura favorable para volver al hogar en que tenia sus hijos y su mujer. El mismo Santa-Anna, en su parte oficial enviado al Gobierno, le decia, despues de pintar los sufrimientos del ejército hasta la Encarnacion: «tantas penalidades no harán extraño el número de desertores que hubo hasta la Encarnacion, y que se aumentó despues, atendiendo tambien á que el ejército, casi en su totalidad, acababa de formarse, y como se sabe, colectado de gentes á quienes por la fuerza se les saca de sus hogares».

El dia 21, á la una del dia, despues de haber comido

el rancho y de haberse provisto de agua cada soldado, se emprendió la marcha. Santa-Anna sabia, por avisos seguros, que los norte-americanos se estaban fortificando en la hacienda de Agua Nueva, distante de la Encarnacion catorce leguas, con seis mil hombres y treinta piezas de artillería, resueltos á defender los desfiladeros que se conocen con los nombres del Carnero y de Agua Nueva. El general Taylor no sabia á punto fijo la marcha del ejército mejicano, pues aunque algunas partidas de norte-americanos llegaran á tirotarse con las avanzadas de Santa-Anna hasta la Encarnacion, suponía que eran exploradores de la primera brigada de caballería, al mando del general D. José Vicente Miñon, que tenia avanzadas hasta la hacienda del Potosí.

1847. Santa-Anna, persuadido de esta verdad, tomó sus disposiciones. Su intencion fué, desde luego, interponer, como lo dijo él mismo, las fuerzas de su mando entre las de los invasores y el Saltillo, para obligarles á un combate desventajoso con sus comunicaciones interrumpidas, y en caso de que no saliesen de sus fortificaciones, sitiárlas en Agua Nueva. El plan estaba perfectamente concebido, y debia dar los mas brillantes resultados para Méjico. Todo lo favorecia la ignorancia completa en que las tropas de los Estados Unidos estaban de la marcha del ejército mejicano; pero una desgracia echó por tierra las esperanzas concebidas. Un soldado del regimiento de coraceros, nativo del Saltillo, llamado Francisco Valdés, se desertó en la Encarnacion, y dió parte al general Taylor del movimiento de las tropas mejicanas. «La execrable traicion de este infame», decia Santa-Anna

al ministro de la Guerra, «frustró las mejores combinaciones.» El ejército, como dicho queda, salió de la hacienda de la Encarnacion á la una del dia 21. Formaban la vanguardia, cuatro batallones de ligeros á las órdenes del general D. Pedro Ampudia. A esta brigada seguia una de artillería con cañones de á 16, con el regimiento de ingenieros y su tren: despues las correspondientes municiones y el regimiento de húsares: marchaba en seguida la primera division al mando del general D. Manuel Lombardini, con otros cuatro cañones de á 12 y sus correspondientes municiones: continuaba la segunda division al mando del general D. Francisco Pacheco, con cuatro cañones de á 8: seguia despues toda la caballería á las órdenes del general D. Julian Juvera; luego las municiones en general de guerra y boca, y cubria la retaguardia una brigada de caballería al mando del general D. Manuel Andrade. El general Santa-Anna, con su estado mayor y la brigada de ingenieros, ocupó la vanguardia, un poco detrás de las tropas ligeras.

En este orden llegó el ejército á un sitio llamado *Campo de la guerra*, distante catorce leguas de la hacienda de la Encarnacion: de allí continuó la marcha para pasar el desfiladero de Piñones, lo cual ejecutado, ordenó el general Santa-Anna que la primera brigada tomase posicion en el *Puerto del Carnero*, en donde se cambiaron algunos tiros con las avanzadas norte-americanas. Allí pasó la noche la tropa bajo un bosque de palmares, al cual dieron fuego por varios puntos los soldados, para poder resistir el intenso frio que hacia. Un periódico de Méjico, publicado en aquella época, traia la siguiente pintura hecha por un

testigo ocular de aquel hecho. «El frio», decia, «nos atormentó lo que no es decible: el ejército, crujido, casi por un instinto de desesperacion, prendió fuego por diversos puntos al bosque de palmas. La llama trepó incendiando sus copas, y un océano de fuego se improvisó con sus olas horrorosas en medio de los aires... El espectáculo era imponente, sublime; á su luz se veia á los soldados hambrientos, desfallecidos de frio, como un ejército de cadáveres.»

1847. Al amanecer del siguiente dia 22, continuó su marcha el ejército hácia la hacienda de Agua Nueva, donde se creia que los norte-americanos se defenderian tenazmente; pero poco antes de llegar á ella, tuvo el general Santa-Anna noticia, por un mozo de la expresada hacienda, de que las tropas de Taylor la habian abandonado desde el dia anterior, retirándose hácia el Saltillo. Este movimiento de los norte-americanos desbarató los proyectos del general Santa-Anna, que fundaba el buen éxito de ellos en la resistencia que pensó encontrar en Agua Nueva. Sin embargo, aun halagó la esperanza de conseguir su objeto, pues habiendo ordenado anticipadamente al general Miñon que se dirigiese con dos mil hombres de caballería que componian su brigada, á la hacienda de Buenavista, distante tres leguas del Saltillo, no dudó que se encontrase situado en ella el dia 22 muy de mañana, como le habia prevenido. Si así habia sucedido, la expresada fuerza obligaria á los norte-americanos á detener su marcha, aunque no fuese mas que el tiempo indispensable para disponer un ataque, dando lugar á que llegase el ejército mejicano. Santa-Anna, alen-